

Emilio Gascó Contell  
Blasco Ibáñez en la intimidad  
(De *La Voz Latina*)  
(*El Pueblo*, 5-1-1926; *El Progreso* [Santa Cruz de Tenerife], 19-1-1926)

Vinculado al eminente novelista por una antigua devoción literaria y personal que viene a ser como una de mis más saneadas herencias de familia, me entrevisto con él a menudo ahora casi todas las mañanas en el Hotel Lutecia, donde Blasco Ibáñez ocupa vanas habitaciones suntuosas, centradas por un saloncito regio.

Suele recibirme entre nueve y diez y media, pues el famoso novelista es gran madrugador. Salta de la cama a las siete de la mañana, desayuna fuerte y en seguida se dedica al trabajo con esa fogosidad que es la característica de su existencia y que le consentirá dejar una biografía gigantesca, plena, varia e interesantísima.

Estos días corrige pruebas de *El papa del mar* que aparecerá en enero.

Tras de ese friso admirable que es *La vuelta al mundo de un novelista*, y donde Blasco acaba de dar la replica más vigorosa que puede hacer un artista a quienes, influidos tal vez por otros pormenores, comenzaban a declararle una «decadencia literaria», *El papa del mar* será el primer volumen de una magnífica serie de novelas dedicada a trazar la epopeya de las grandes glorias españolas.

—Va a ser —me ha dicho Blasco Ibáñez— la obra capital de mi vida. *El papa del mar* es la novela de nuestro compatriota el papa Luna, víctima de tantas injusticias. En ella están evocados también san Vicente Ferrer, el diplomático insigne Juan Huss, el mártir, y otras figuras de la época. *A los pies de Venus*, que ya tengo muy adelantada, será la novela de los Borgia, otros compatriotas nuestros injustamente calumniados; luego escribiré *Las riquezas del Gran Kan*, novela del verdadero Colón; *La casa del océano*, que será la novela de Vasco Núñez de Balboa y del mar Pacífico; *El oro y la muerte* y otras novelas sobre Magallanes, Cortés, Pizarro, etc., etc.

Es mi manera de entender el patriotismo.

Representarán una verdadera novedad estas novelas que preparo. Su acción transcurre en la época moderna; pero al mismo

tiempo son una evocación del pasado. Tal vez llame mucho la atención esta nueva forma de novela que nadie ha hecho todavía. Pienso dedicar el resto de mi vida a esta empresa literaria, enorme y pesadísima. Por lo demás, hace como diez años que vengo realizando estudios para esta serie de obras.

—¿Dicta usted don Vicente?

—No. No he dictado nunca mis novelas ni creo que pueda hacerlo ningún verdadero novelista. La novela es una cosa de evocación. Hay que concentrarse, «verla» y trabajarla a punta de pluma.

Claro que el eminente literato no se refiere a hacer encaje con las palabras; pero el estilo fresco y fluido de Blasco Ibáñez, es sobrado popular para que lo descubramos desde aquí.

—Todas mis novelas, desde *Arroz y tartana* hasta esta (y me indica con un ademán las galeradas de *El papa del mar*) las he escrito, como le digo, a punta de pluma. Lo que me ocurre es que me cuesta más trabajo releerlas que escribirlas. Yo produzco por explosión. Cuando llevo una obra en la cabeza, necesito escribirla para que los nervios me dejen en paz. Escribirla por mi propia mano. Enfermaría si no lo hiciera.

—Pues yo creí que algunas de sus novelas de la primera época, *Flor de mayo*, por ejemplo, cuya aparición coincidió con uno de los períodos más febriles de su vida, había sido dictada.

—¿Dictada? Pero, ¿a quién? Tener un secretario en aquellos tiempos, hubiera sido para mí un lujo inaudito. No tiene usted idea de lo solitario y pobre que me encontraba en medio de tanta agitación.

Observo que el recuerdo le produce una impresión penosa.

—Tenía que escribir mis novelas en horas robadas al sueño, en aquel *hall* destartado e inmenso que era la redacción de *El Pueblo*, donde en invierno hacía un frío espantoso y donde en todo tiempo las ratas salían a mirarme con descaro, mientras yo pintaba la vida ruda de los pescadores del Cabañal o las fragancias de la huerta.

Es un recuerdo penoso, en efecto, para un Blasco Ibáñez que gana fabulosas cantidades con el producto de su obra y que goza en Menton, el clima más privilegiado de Europa, las delicias de «Fontana Rosa», una villa de príncipe, con cinco cuerpos de edificio y todas las comodidades imaginables.

—Ahora he dispuesto allá un salón para proyectar películas. Ya lo verá usted. Queda muy hermoso y confortable. Pasaremos por el

proyector Mare Nostrum, la película que están concluyendo de tomar en el Mediterráneo, con la dirección de Rex Ingram, sacada de mi novela.

Blasco Ibáñez me muestra algunas fotografías en donde aparece rodeado de los intérpretes de esta film (los ases cinematografistas Alice Terry, Antonio Moreno, etc.), y las pone cariñosamente a mi disposición. Yo elijo algunas para que acompañen a estas impresiones volanderas. También tomo otra de carácter íntimo.

Es esa donde aparece el novelista del brazo de madame Blasco Ibáñez, doña Elena Ortúzar Bulnes, distinguidísima dama cuya familia ha dado a Chile cinco presidentes de república. Madame Blasco Ibáñez es nieta del mariscal Bulnes, héroe nacional de Chile, dos veces presidente.

Las diez y media.

Me voy.

—Bueno, *che*, oiga —dice el novelista—. Pues hasta mañana.

Y el brazo vigoroso y cordial del célebre escritor se apoya en mi hombro y me acompaña hasta el pasillo.

Don Vicente aún repite cariñoso:

—Hasta mañana, ¿eh? Le espero.